

## En blanco y negro

Palma era entonces una ciudad distinta en la que Bob Dylan –como un ángel bíblico que elige a los destinados– visitaba sólo algunas casas. El poder era un enemigo y eso que aún no habían llegado los que despreciaron la ciudad, ni los que la desvirtuaron, ni aquellos que como caballos de Troya la merman –a ella o a los suyos– desde un resentimiento inexplicable. Palma era un espacio público donde aún se podía tener una biografía, esa cosa individual en lo colectivo.

Había, eso sí, ciertas divisiones y había un bar donde empezó todo. Todo lo bueno, todo lo malo también, cuando lo bueno y lo malo era un fragmento de la biografía de cada uno; es decir, esa cosa individual en lo colectivo. El bar se llamaba *The house of rising Majorca* (no se llamaba así y también se llamaba así) y ese nombre –lo he escrito en otras ocasiones– tuvo razón sólo durante algunos años. Luego Mallorca salió batracia; la vida en sí salió batracia, pero esa es otra cuestión.

Pero he escrito más arriba que había ciertas divisiones. La más evidente estaba en los cuarteles generales: el Bar Bosch para los de intramuros –avenidas hacia adentro–; el Bar Cristal para los de extramuros –avenidas hacia afuera–. Hablo, por supuesto, a grandes rasgos. Y lo hago también cuando recuerdo el género nominativo intramuros y el género extramuros. Para los de intramuros el Bosch –estamos a principios de los 70– era el Bosch y el Cristal –que no frecuentábamos– era el Cristal. Para los de extramuros el Bosch era *la Bosch* y el

Cristal era *la Cristal*. Es curioso: feminizaban los bares, cafeterizándolos. Lo hacían los primeros días, quizá semanas. Luego se adaptaban a la realidad de los bares, que a una edad es la única realidad posible. En aquella Palma había *hippies* –los primeros, con perros, como ahora los *okupas*– y *pijos* –con Sebagos y Loden en invierno: con Sebagos y Lacoste en verano–. Había *progres* y comunistas (menos). Había poetas, dandies de provincia y *musiqueros*, que no éramos de nadie más que de nosotros mismos –lo que producía un peligroso afán clasificatorio por parte de los demás. Había *gomileros* –con pantalones rojos y una rubiaza del brazo– y había modernos –pocos. Había algunos nacionalistas, pero aún no existía *L'Escola d'Estiu* y había murcianos discotequeros y arrabaleros con Derbi. Quedaban también *picadores* que llevaban discos de Raphael bajo el brazo y cogían el autobús del Arenal. El auge *neobotifarra* todavía se estaba incubando y en el colegio –en el mío al menos– no habíamos encontrado distinciones entre ellos, los nuevos ricos, los *xuetes* o los *mossons*. No aún. No hablo de un mundo de ficción porque ese mundo existió. Y en esa novela sin escribir las pretensiones eran pocas: todo lo más tener una biografía propia, esa cosa individual en lo colectivo.

Y estaban los del Terreno y Son Armadans –Génova incluso–, de aspecto más cosmopolita, como más viajado. Más guapos y de colores más sanos que los de intramuros, que éramos más pálidos. Entre ellos –aunque no fuera, exactamente, uno de ellos– estaba Miguel Font, el fotógrafo. Miguel –junto con Sali Marí (que sí creció en Son Armadans) y Jaume d'Es Triquet– formaban un grupo diferente, con un aire,

feliz y despreocupado, entre *Jules et Jim* y chicos-Martini. A los anuncios de entonces me refiero. Y también a una manera de vestir, especialmente moderna sin dejar de tener un toque *pijo*, pero de *pijo* extranjero. Como aquel verso de Foix de “M'exalta el nou y m'enamora el vell” o algo así. Jaume d'Es Triquet, por ejemplo, era una de las personas mejor vestidas de Palma. Sigue siéndolo. Miguel Font no hacía ostentación de la cámara, como hemos visto en tantos. Miguel tomaba fotografías con una cámara invisible. Y miraba. Pertenecía a esa familia descendiente de Dorian Gray que poseen una edad indefinida instalada en la juventud eterna. Sabiendo que era más mayor, no lo parecía en absoluto. Miguel miraba y sonreía de lado, de perfil, como si quisiera para sí una sonrisa invisible. Siempre que pienso en él –o me lo encuentro por la calle– lo imagino como una figura secundaria en un tapiz. Una figura de ésas que no están y luego, mirando bien ese tapiz, resulta que están más que ninguno de sus personajes principales. Alguien medio escondido entre la vegetación, que contempla la escena y al mismo tiempo forma parte de la escena. Pero sin que se note. Puede ser un sátiro pillastre pero nadie podrá percibirlo. O un chambelán. O el crío que pesca en el río. Puede preparar el escenario donde ocurre la acción pero nadie se percatará de ello. Actúa desde el silencio. Como quien se alía a la realidad dándole órdenes con solo mover los ojos.

Uno podría decir que la discreción era el camuflaje que utilizaba Miguel para estar allí –para estar siempre allí: del Bosch al mediodía a la galería Pelaires por la tarde o a Babel's por la noche– y

tomar testimonio sin darse importancia, como quien se lleva a la más guapa de la fiesta –o a la más joven (los fotógrafos son expertos)– sin que nadie se dé cuenta de ello hasta que se lo encuentra por la calle con ella, días más tarde. Ése era el Miguel Font que recuerdo de un tiempo que no existe. De la novela de una vida que tampoco existe: la novela, quiero decir, porque la vida sí. En ese tiempo la gente –la que no he nombrado hasta ahora, la que no pertenecía a esos grupos urbanos– vestía de tergal gris. Había mucho gris y estampados terribles. Como si fueran fantasmas, intemporales. Algo así hay en las fotografías de Miguel Font: un tiempo que fue y que es sin que lo sepamos, y que sólo él sabe ver como quien lo rescata para ponerlo ante nuestros ojos y largarse sonriendo de perfil. Casi sin sonreír. Casi sin mirar. Pero eso ya no es lo individual, sino lo colectivo.

**José Carlos Llop**

**H**oy la corriente principal de la fotografía discurre por caminos minimalistas y suele mostrarse en colores mortecinos, colores que parecen haber sido lavados muchas veces. Conozco un joven fotógrafo de Leipzig que trabaja con imágenes anodinas: una puerta entreabierta, unas manos sobre el teclado del ordenador, la sombra de un radiador sobre la pared. Pero también hay otros caminos, por ejemplo el de una fotógrafa de Lubliana que sólo se interesa por la gente y así colecciona imágenes de lo cotidiano, interiores de parejas que se besan, de hombres y mujeres que se visten para ir al trabajo, de niños aburridos frente a una tele. Miguel Font pertenece a otra generación y habla otro lenguaje. Nació en Palma y se crió con las imágenes que todos nosotros hemos visto: fotografías en blanco y negro con los márgenes troquelados, instantáneas de Kodak de colores inventados, imágenes de miembros de la familia que posan delante de una cámara. Cuando él vio las primeras fotos Palma era una ciudad de familias que se conocían, si no de cerca al menos de lejos. Han pasado varias décadas y ahora Palma tiene otro aspecto muy distinto. Han llegado nuevos inquilinos, la ciudad ha crecido y se ha transformado. En los últimos diez años el cambio es bastante espectacular y una forma de verlo es a través de las fotos de alguien que conoce bien el terreno que pisa.

### El estilo de Miguel Font

Pero antes de hablar de las fotos de Miguel Font quisiera referirme a un asunto que suele olvidarse a la hora de comentar el trabajo de un fotógrafo y que

para mí es importante: el método, el material, las estrategias. La fotografía tiene mucho de técnica, es un oficio preciso, propio de gente paciente. No puede ser fotógrafo alguien que, a su particular manera, no sea metódico y carezca de una serie de hábitos arraigados. Sea la fotografía llamada artística, la comercial o publicitaria y la de reportaje, de acción, todas esas formas de captar imágenes tomadas de una cierta realidad sirviéndose de una lente, llevan aparejadas unas convicciones no sólo morales y estéticas sino también técnicas.

En primer lugar hay que escoger la tradición en la que uno se sitúa. En el caso de Miguel, es la antigua cultura del monocromo. Imagínense por un momento que estas fotos que están viendo ahora fuesen en color. Sí, de alguna manera, la ciudad aquí representada parecería más real pero sólo superficialmente. En el fondo, esa inmediatez nos alejaría de la imagen, el *déjà vu* sería más evidente. Ese señor trajeado ante una esquina palmesana que rebusca en su bolsillo o en su memoria perdería dramatismo y, sobre todo, conciencia de tiempo. Si los colores fuesen acertados, es decir, “reales”, sería como estar viendo la imagen congelada en una especie de eternidad trivial, prescindible. El blanco y negro hace que la esquina en cuestión tenga densidad, historia, y el personaje también. En color ese hombre sería un hombre que pasa y se detiene, un gesto más; en cambio, en la foto de Miguel Font es un personaje cuya única vida es esa esquina, ese traje, ese momento de sorpresa o inquietud. Quizá sólo va a sacar el pañuelo de su bolsillo, mas sea lo que sea que esté haciendo su gesto es dramático, nos conmueve.

Tomemos otro ejemplo. Las gemelas que aguardan la procesión. ¿Verdad que penetran en los ojos de quien las mira? Casi podemos tocar sus rostros y sin embargo, no son reales pues el monocromo no es precisamente como nosotros las apreciaríamos en la realidad. Los grises las han transformado, pues hablamos de blanco y negro pero de hecho en pocas fotos podemos encontrar el blanco y el negro puros, por mucho que este sea el desideratum de Miguel Font: blancos lo más puros posible, negros densos. El fondo ha ganado textura; los vestidos claros, misterio. Esas gemelas están siempre aguardando la procesión, mientras que en color ya haría tiempo que la procesión habría pasado. Además, el tema de las gemelas y la procesión ilustra bien el asunto del tiempo en las fotos en blanco y negro. Fíjense en la otra foto de las mismas gemelas: están en el cochecito aguardando como siempre que pase la procesión. El fotógrafo asegura que son ellas mismas algunos años antes, pero no es verdad. ¿Cómo podemos aceptar que han transcurrido cinco o seis años entre una imagen y otra? En color, no tendríamos ninguna objeción que oponer. El blanco y negro se resiste a la evolución de un personaje; la figura es la que sale en la foto, y en otra foto es otra figura, otra esencia.

### **La técnica y la ética**

¿Cómo se logra ese pequeño milagro? Desde luego, existe la voluntad previa de hacer este tipo de fotos y no otras. El hombre que empuña la cámara no es inocente, no hace algo que cualquiera puede hacer (elear sus manos, no temblar, apretar un botón), es alguien que tiene un plan, que construye una

imagen. Detrás de cada foto hay una intención, una memoria, un sentimiento de culpa. Parafraseando a Levinas y al mismo tiempo huyendo de las tesis de Susan Sontag, podemos decir que Font es un culpable que hace fotos para ganar el perdón. Hablemos ahora del material que Font ha empleado. Como Sebastiao Salgado, nuestro fotógrafo usa la mítica película de Kodak, la Tri-X. Es una película rápida, de alta sensibilidad y bastante grano a medida que se amplía la imagen. Ideal para motivos que se mueven o poco iluminados. Todos los amantes de la fotografía en B&N la conocen y Font se resiste a probar otra: es una de sus manías, quizá la más inamovible. Según el proceso de revelado, ofrece más contraste y eso es lo que quiere él, contraste, definición, cierto abismo impalpable entre las luces y las sombras.

En segundo lugar, Miguel Font, una vez cargada la Nikon, pues siempre ha trabajado con esa marca, sin haberse sentido tentado nunca por el medio formato, elige un objetivo que permita mucho ángulo, un 28 mm, o tal vez un zoom que cubra de 28 a 60, digamos. Esto es importante, se trata de una declaración ideológica. Cuando vaya a hacer un retrato o a captar un personaje de cintura para arriba, el fotógrafo tendrá que acercarse mucho con un 28mm, prácticamente tendrá que entrar en el personaje. Por eso sus retratos son tan convincentes, tan próximos al espectador. En la mayoría de los casos la persona sabe que está siendo retratada y ello crea una tensión entre fotógrafo y motivo que Miguel Font cultiva como parte inseparable de su estilo. En el caso de sus fotos de la Habana, esa tensión era complicidad, afán de protagonismo,

amor al ojo de que retrata, que fija el rostro en el tiempo. En Palma, por el contrario, es recelo, sorpresa, distancia. Veamos, por ejemplo, esa foto memorable del hombre que está a punto de ser engullido por la boca gigantesca de una valla publicitaria. Creo que es de la Feria de Ramos, otro de los motivos de esta exposición sobre Palma. Miguel Font, como todo fotógrafo, es un ojo que encuadra. Como en el narrador, cuya misión es decidir sobre todo aquello que no va a narrar, en el trabajo de un fotógrafo cada instante se desechan cientos de encuadres. Hasta que aparece el encuadre que le interesa, que vale. Entonces es rápido: el ojo, la mano, el dedo que pulsa el obturador, la respiración que se suspende, todo ha de ir sincronizado, veloz. Entonces es un cazador que no va a dejar que la pieza se le escape. Así en la foto del hombre en cuestión, que va junto a su pareja. Miguel ha visto el encuadre y ha empezado a disparar una foto, quizá dos o tres, y entonces el hombre, sorprendido de ese señor que le retrata tan cerca, se gira hacia atrás, no puede creer que él sea el protagonista de ninguna escena ahí en la feria, donde ha ido a pasar la tarde, y por fin salta la verdadera liebre de esa cacería. El hombre que se gira como huyendo de esa boca que está a punto de engullirle. Desde luego, esta foto habría sido menos impresionante si el fotógrafo se hubiese encontrado a mayor distancia y empleado un objetivo de aproximación.

Hay otras dos cosas que decir sobre el método de Miguel Font. Nunca falsea los encuadres. La imagen que el espectador ve es la misma que captó el fotógrafo, no hay cortes ni manipulaciones. Font

encuadra al disparar y el negativo es el protagonista absoluto. Se trata de una suerte de honestidad y al mismo tiempo el resultado de utilizar una lente que capta la escena casi siempre desde un punto muy cercano al motivo, lo que supone casi un control absoluto sobre él. Otro asunto es que Miguel Font, como la mayoría de fotógrafos profesionales, hace tiempo que dejó de trabajar en el cuarto oscuro. La tradición del fotógrafo artesano que pasa muchas horas encerrado sacando todo el potencial que tiene un negativo, lo cual supone una técnica compleja y depurada, le es completamente ajena. Él cree en la inmediatez de la imagen, en su pureza original. En este sentido, es un fotógrafo que huye de la tendencia actual a la elaboración de la imagen. Los fotógrafos se consideran pintores y “trabajan” la imagen que han captado, considerándola sólo un punto de partida. Miguel Font no cree en esa moda y probablemente la considera un sacrilegio. Para él, el verdadero trabajo del fotógrafo transcurre antes del encuadre y durante el encuadre, nunca después. El obturador es una suerte de telón que marca el fin de una obra; un telón que sólo se eleva para representar otra cosa diferente.

### **La ciudad permanente**

Las fotos que presenta en esta exposición sobre Palma están tomadas en los últimos diez años. Es curioso como la ciudad resulta, bajo la mirada de Font, la misma y sin embargo sus gentes van cambiando. Si observamos las fotos más antiguas, vemos que hay en ellas personajes de siempre, que hemos visto toda la vida, pues, como he insinuado antes, el B&N tiende a estilizar el modelo, a hacerlo

paradigmático, como esas mujeres mayores asomadas al mirador, seguramente viendo pasar la procesión de Semana Santa o del Corpus, o las monjas que van en grupo, o los ancianos que conversan en un corro. Los mismos muros viejos de las calles tienen ese aire intemporal, casi eterno, y no nos resulta difícil identificar aquí y allá lugares por los que hemos pasado cientos de veces. Son imágenes de uniformidad, de identidad de una ciudad.

Miguel Font busca el detalle tierno o insólito y al mismo tiempo la cotidianidad, la rutina, la sencillez. Una niña que empuja su cochecito en el Borne lavado por la lluvia, el contraste entre una leona del paseo y ese “tercer hombre” que surge una vez y otra en sus fotos. En vías de extinción, ese “tercer hombre” suele llevar traje gris, incluso corbata y hasta sombrero y pasea su ambigua respetabilidad por una ciudad vacía, la ciudad de los espías en que Palma se convierte algunas mañanas ventosas de otoño.

Algo que sorprende en esta colección de imágenes es la ausencia del mar. Se diría que Palma es una ciudad de tierra adentro, una ciudad interior, como lo era antes de que se derribasen sus murallas. Tampoco es extraño, pues la Palma que interesa a Font es una Palma de transición, de los años setenta y principios de los ochenta, cuando no existía el parque del Mar y la ciudad, excepto el paseo Marítimo, vivía de espaldas al puerto. El fenómeno actual del malecón de la autopista, donde los fines de semana se reúne toda clase de gente que viene de más allá del océano, así como deportistas de jogging, skating o bicicleta,

no ha interesado a Font y tal vez es allí donde se percibe mejor la transformación humana de la ciudad. Porque, por encima de todo, lo que interesa al fotógrafo es la gente, la figura humana, el rostro. Ya lo demostró con creces en sus fotos de la Habana. La gente que espera, la gente que pasa, la gente que mira. El fotógrafo busca la ternura, los ojos de los niños, la expresión de las mujeres y el gesto de los hombres. No está satisfecho si no se ha metido dentro, si no ha conseguido traspasar la superficie de lo que su cámara encuadra, si no ha llegado a “ver” tras sólo mirar. A veces, por mucho que el fotógrafo sabe lo que hace y controla su foto, no puede evitar que la imagen se desarrolle por su cuenta y sólo al revelar la copia, tras unos instantes de observación, ve aquello que tal vez sus ojos captaron pero que su mente no llegó a procesar y sin embargo ahí está. El detalle que convierte una instantánea en algo imperecedero, en algo irrepetible.

### **La otra faz de Palma**

En los últimos años, empieza a resaltar en las imágenes la diversidad. Nuevos rostros aparecen, a todas luces foráneos, pues su piel es negra o sus rasgos diferentes a los de siempre. Otro modo de mirar a la cámara y de sonreír irrumpe en las imágenes. Palma es la misma de siempre pero sus habitantes registran una conmoción. Algo está cambiando de un modo casi inadvertido y se ve sobre todo en los momentos en que Palma se echa a la calle y se muestra. Miguel Font asiste fascinado a ese cambio, no deja de encuadrar y disparar a esos rostros que parecen haberse equivocado de ciudad, que no corresponde a la imagen guardada en la

memoria del fotógrafo, de su infancia y adolescencia. Este es, en realidad, el verdadero trasfondo de esta exposición: un artista sale a retratar su pasado —ahí están los futbolines de la Feria, las sombras de las palmeras— y se encuentra que si bien los decorados son los mismos o ligeramente cambiados, la gente que pulula por el escenario viene de otro planeta y la gente de toda la vida no se inmuta porque Palma siempre ha sido abierta, aunque no lo parezca.

Mientras una ciudad sumergida va desapareciendo —el barrio de la Gerreria, por ejemplo, y también otros lugares y monumentos de nuestro pasado— otra se eleva en la periferia. Pero Miguel Font no es un fotógrafo político, por mucho que emplee la misma película con la que Sebastiao Salgado

denuncia la pobreza y la injusticia. Font es un fotógrafo discreto, que teje sus imágenes en silencio, mirando los ángulos para que otros puedan ver. ¿Y acaso Palma no tiene la fama bien ganada de ciudad de leves gestos, de esquinas graves y vocación de resistencia?

Miguel Font consigue con sus fotos que revivamos las imágenes que almacena nuestra memoria y les demos una cualidad de permanencia. De ahí que esos perros negros que se mueven desenfocados hacia delante, tirando de sus correas, en la calle San Miguel de Palma, sigan moviéndose en nuestra retina mucho tiempo después. Quizá para siempre.

**José Luis de Juan**